

pareció al vencedor que era ya tiempo de concluir aquella comedia tan grosera como cruel. Cerró el proceso, condenóle á muerte, y mandó que se le intimase la sentencia.

La tribulacion y congoja que recibió el triste Almagro con aquella terrible nueva fueron iguales á la seguridad y confianza en que á la sazón se hallaba; y aquel hombre, que con tanta intrepidez y denuedo habia arrostrado la muerte en el mar, en los rios, en los desiertos y en las batallas, no tuvo ánimo para considerarla en las manos de un verdugo. Dése todo lo que se quiera á la edad, á los achaques, al abatimiento que infunden los infortunios, al desaliento y soledad de una prision prolija y rigurosa; pero no puede menos de considerarse con menor lástima todavía que indignacion y vergüenza, á aquel miserable anciano postrado delante de su inexorable enemigo, y pedirle por amor de Dios que no le matase, que atendiese á que no lo habia hecho con él pudiendo hacerlo, ni derramado sangre de pariente ni amigo suyo aunque los habia tenido en su poder; que mirase cómo él habia sido la mayor parte para que su hermano Francisco Pizarro subiese á la cumbre de honra y riqueza que tenia; dijole que considerase cuán flaco, viejo y gotoso estaba; cuán pocos podian ser los tristes dias de vida que le quedaban, y pidióle que se los dejase vivir en la cárcel para llorar sus pecados. El lastimero tono en que estas cosas decia podrian ablandar las piedras, mas no aquel corazon de bronce, que con un desabrimiento y dureza digna de sus malas entrañas le respondió que se maravillaba de que hombre de tal ánimo temiese tanto la muerte; que no era ni el primero ni el último que así acabaria; y supuesto que presumia de caballero y de ilustre, la sufriese con entereza y dispusiese su alma, porque era una cosa que no tenia remedio <sup>1</sup>.

y por consiguiente no será tanto tiempo. Espinal era testigo de vista y su carta contiene una relacion bastante menuda de todo el suceso, aunque se muestra muy parcial en favor de Almagro.

1. Pensar que Hernando Pizarro se habia de ablandar con lástimas y razones era pensar un delirio. Cuando antes de la batalla los tráfugas de Almagro le decian, para congratularse con él, que el Adelantado quedaba tan enfermo, que ya seria muerto, « no me

Pero el que tan pusilánime se habia mostrado delante de su contrario pidiéndole la vida, luego que se desengañó de la inutilidad de sus ruegos y vió que era forzoso morir, se dispuso á este acto con decencia y gravedad, harto mas propias de su carácter que su flaqueza anterior. Ordenó su alma y dispuso su testamento, dejando por herederos al Rey y á su hijo, declarando que tenia gran suma de dinero en la compañía con don Francisco Pizarro; pidió al rey que hiciese merced á su hijo, y en virtud de la facultad real que tenia, nombróle por gobernador de la Nueva Toledo, dejando por administrador de este encargo, hasta que tuviese edad, á su caro y fiel amigo Diego de Alvarado, que hizo por él entonces todas cuantas gestiones y oficios correspondian á su lealtad y á su cariño. Y cuando el desdichado hubo cumplido con estos tristes y solemnes deberes, volviöse al capitán Alonso de Toro, que sin duda debia de ser uno de los mas encarnizados contra él, y le dijo: « Ahora, Toro, os veréis harto de mis carnes. » La muerte se ejecutó en la prision, dándole garrote en ella, y sacándole después á la plaza, donde públicamente le cortaron la cabeza. Después le llevaron á las casas de un amigo suyo, el capitán Hernán Ponce de León, donde estuvo de cuerpo presente, y luego le enterraron en la iglesia, acompañándole Hernando Pizarro y todos los capitanes y caballeros del Cuzco.

Era manchego <sup>1</sup>, hijo de padres humildes y desconocidos, y tenia sesenta y tres años cuando le mataron. Fué á las Indias con Pedrarias Dávila, y en el Darien se amistó y asoció con Francisco Pizarro, viviendo siempre los dos en comunidad de granjerías y de intereses, tal vez por conformarse tambien los hábitos y los caractéres. Su persona y sus costumbres fueron tales cual resultan de la serie de los sucesos referidos. Indios y españoles todos le lloraron á porfia: los primeros decian que nunca recibieron de él pesadumbre ni mal tratamiento; los

«querrá Dios tan mal, exclamaba él, que le deje morir sin que yo le tenga en mis manos. »

1. Herrera le hace natural de Aldea del Rey, y esto es lo mas probable; Zárate, de Malagon, Gomara y Garcilaso, de Almagro: todos pues convienen en que era de la Mancha, aunque difieren en el pueblo.



segundos perdian un caudillo generoso, á quien seguian y servian mas por inclinacion que por interés. Hubo de ellos algunos que á voces llamaron *tirano* á su matador, y le amenazaron con venganza. Hasta los del bando contrario juzgaron aquella ejecucion no solo rigurosa, sino injusta, y la tuvieron por muestra bien cruel de ánimo tan inicuo como desagradecido. Olvidábanse entonces la poca dignidad de su trato, su vanidad pueril, su inconsideracion y su imprudencia, para no recordar mas que la amable dulzura, incansable generosidad, fácil clemencia y afectuoso corazon con sus capitanes y soldados. Nosotros simpatizamos fácilmente con el justo dolor y sentimiento de aquella agradecida muchedumbre; pero la aficion que inspiran las amables prendas del Adelantado, y la compasion debida á su infortunio, no deben cegar los ojos de la razon y de la equidad; y dando lágrimas á su desastrada muerte, confesarémos sin embargo que él fué sin duda el agresor en aquella guerra civil. Aun cuando el Cuzco cayese en los términos de su gobernacion, lo cual estaba muy lejos de ser cierto <sup>1</sup>, no debia dar el escándalo de tomarse por sí mismo la justicia con las armas en la mano. Puso imprudentemente este debate al arbitrio y decision de la fuerza, porque á la sazón era mas fuerte; él fué flaco á su vez, y entonces la fuerza le arrolló.

La odiosidad de esta ejecucion recayó al principio toda sobre Hernando Pizarro, como instrumento inmediato y visible de ella; mas después se fijó con mas encono en el Gobernador, como principal autor de aquel desastre, hecho á su nombre y bajo su autoridad, sin que él, en tanto tiempo como duró el proceso, hiciese el menor esfuerzo para impedirle. Luego que recibió la noticia de la victoria de las Salinas, determinó ponerse en marcha hácia el Cuzco para gozar allí de su triunfo y ostentar su poderío. Al salir de Lima prometió á cuantos le aconsejaron la moderacion y clemencia, que no tuviesen cuidado, que Almagro viviria y volveria con él á la amistad anti-

<sup>1</sup> El término del paralelo de Chíncha pasaba por cerca de la ciudad del Cuzco; pero con el aumento de las setenta leguas que se habia dado á la gobernacion de Pizarro quedaba indudablemente dentro de ella la capital del Perú.

gua. Lo mismo ofreció al jóven don Diego, que le pidió humildemente la vida de su padre cuando se le presentaron en Jauja los capitanes que se le llevaban de órden de su hermano; y á las graciosas palabras con que le hizo esta promesa, añadió otras de consuelo, dando órden cuando le despidió, de que se le proveyese de todo lo necesario y se le tratase en su casa con el mismo regalo y respeto que á su hijo don Gonzalo. Buenas y loables demostraciones si el efecto y la verdad correspondiesen á ellas, y si entre tanto no se prosiguiera el proceso y no tuviera las funestas resultas que ya se han contado. Detúvose en Jauja cuanto le pareció necesario para ser desembarazado de su competidor, y la noticia de su muerte le cogió ya vuelto á poner en camino y cerca de la puente de Abancay. Sus amigos contaban que al oirla estuvo gran rato con los ojos bajos, mirando al suelo y derramando lágrimas; otros aseguraron que, cerrado el proceso, su hermano le envió á preguntar lo que habia de hacerse, y que la respuesta fué que hiciese de modo que el Adelantado no los pusiese en mas alborotos. No se opone lo uno á lo otro, y estos grandes comediantes que se llaman políticos tienen á su mandado las lágrimas cuando ven que les convienen.

Llegado al Cuzco, le recibieron con los aplausos y el fausto que convenia á su poder. Conocióse allí cuánto se habia alterado su condicion con la mudanza y favores de la fortuna. Los indios, que antes eran acogidos por él con indulgencia y agrado, los recibia entonces con aspereza y desabrimiento; y á las quejas que le daban por los ultrajes que padecian de los castellanos, les respondia que mentian. El mismo semblante mostraba, y aun peor voluntad, á los soldados de Chile, como partidarios de Almagro, olvidándose de los grandes servicios que habian hecho al Rey, y no teniendo respeto alguno á sus necesidades. Presentósele Diego de Alvarado como testamentario del Adelantado su amigo, y le pidió que le mandase desembarazar la provincia de la Nueva Toledo, para que se cumpliera el nombramiento hecho por el Adelantado en su hijo. Usó Alvarado en esta demanda de aquel comedimiento y urbanidad que usaba en todas sus cosas, y tuvo el cuidado de advertir que dejaba aparte el debate de la ciudad del Cuzco hasta que el Rey determinase sobre ella. Ni esta circunspeccion ni el justo y amable



proceder de Alvarado le defendieron de ser recibido con aspe-  
reza y soberbia. La respuesta fué « que su gobernacion no tenia  
término, y llegaba desde el estrecho de Magallanes hasta Flán-  
des »; dando á entender así que su ambicion no tenia limites, y  
que con la felicidad excesiva habia perdido enteramente aquella  
prudencia y compostura de ánimo en que antes sobresalia.

Era tan celoso de mando y tan irritable en su orgullo, que  
porque le dijeron que Sebastian de Belalcázar solicitaba de la  
corte el gobierno en propiedad de todas las provincias de abajo,  
le declaró al instante una ojeriza que no se le acabó sino con  
la muerte. Ni los servicios de Belalcázar, ni el respeto y reve-  
rencia que siempre le tuvo, ni la sumision con que se envió á  
disculpar de la imputacion que se le hacia, bastaron á sacudir  
de su ánimo las sospechas y el ansia de perturbarle de allí.  
Ejército no podia mandar contra él, porque el que tenia iba  
entonces persiguiendo al adelantado Almagro; pero dió comi-  
sion á Lorenzo de Aldana, uno de sus capitanes, para que  
fuese al Quito y despojase cautelosamente á Belalcázar de la  
autoridad que tenia delegada en él para gobernar aquel país, y  
procurase sobre todo prenderle y enviarle bien custodiado á  
Lima. Su anhelo entonces era que el Rey diese en gobernacion  
las provincias de abajo á Gonzalo su hermano, y en esto con-  
sistia el delito de Belalcázar. Por fortuna este hombre infatiga-  
ble y belicoso se hallaba entonces engolfado en sus aventuras y  
descubrimientos de la otra parte del Ecuador, y no podia aten-  
der al desaire que su antiguo general le hacia en el Quito.  
Aldana por consiguiente se estableció allí sin oposicion nin-  
guna, y mantuvo la provincia bajo la obediencia de su primer  
descubridor.

Quando Pizarro llegó al Cuzco no encontró allí á sus herma-  
nos, que se hallaban en la provincia del Collao pacificando in-  
dios y buscando minas. Mas como Hernando tuviese ya nece-  
sidad de volver á Castilla para cumplir sus promesas y el en-  
cargó que la corte le habia hecho, apresuró su viaje recogiendo  
cuanto oro y plata pudo para sí y para el Rey por todos los  
medios buenos y malos que se le vinieron á las manos. Sabia  
él harto bien que un buen tesoro seria la mejor justificacion de  
sus hechos en la corte. Al despedirse del Gobernador le dió  
por consejo que enviase á Castilla al hijo de Almagro, para

quitar la ocasion de que el bando de Chile le tomase por cabeza  
y pretexto para cometer algun atentado contra su persona,  
que no consintiese que aquellos hombres fieros y belicosos an-  
duviesen juntos ni que viviesen en ninguna parte de diez arriba,  
sobre todo que mirase por sí y anduviese siempre bien acom-  
pañado. El Marqués se burló de estos avisos, y le respondió  
« que se fuese su camino adelante y se dejase de semejantes  
recelos, pues las cabezas de aquellas gentes guardarian la  
suya ». El tiempo manifestó cuán fundados eran los temores de  
Hernando Pizarro, y que el consejo de enviar al jóven don  
Diego á Castilla era de hombre que sabia ver las cosas de  
muy lejos. Fuése Hernando (1539), y el cúmulo de oro que lle-  
vaba consigo no le podia asegurar contra la inquietud que le  
infundian sus procedimientos en la guerra civil. No se atrevió  
á tocar en Panamá, temiendo que allí la Audiencia le pidiese  
razon de su conducta y le prendiese, como efectivamente as-  
estaba dispuesto. Navegó hasta Nueva España, y desembar-  
cando en Guatulco, le prendieron cerca de Guajaca y le lleva-  
ron á Méjico. Mas el virey don Antonio de Mendoza, que no  
tenia órdenes ningunas sobre su persona, y de sus culpas nada  
le constaba, le dejó proseguir su camino á Castilla, donde po-  
drian hacérsele los cargos que se estimasen justos. Embarcado  
en Veracruz, y llegado á las islas de los Azores, no se atrevió  
á pasar adelante hasta saber por sus amigos si podia hacerlo  
con seguridad. Ellos le respondieron que sí, y con esta con-  
fianza se atrevió á entrar en España y á presentarse en la corte.

No halló en ella de pronto ni el castigo que merecia ni la  
buena acogida que sus amigos le anunciaron. Habiale prece-  
dido la fama de sus violencias, y estaba ya pidiendo justicia  
contra él aquel Diego de Alvarado, tan encarnizado ahora en  
su daño como constante otro tiempo en defenderle. Amigo el  
mas querido del desdichado Almagro, él habia recibido en su  
seno los pensamientos y últimos suspiros del anciano mori-  
bundo; á él encomendó su hijo, á él las esperanzas de su  
suerte, á él acaso tambien los intereses de su venganza. La  
desesperacion de Alvarado al ver inútiles los esfuerzos y súplicas  
empleadas en favor de Almagro, fué igual á la confianza  
que por sus oficios anteriores con el vencedor habia concebido  
de salvarle. Considerábase homicida de su amigo por la con-



tradiccion que habia hecho á los rigurosos consejos de Orgoñez; lloraba su ceguedad, y llamaba á voces ingrato y tirano á Hernando Pizarro, diciendo que por haberle él dado la vida se la quitaba á su amigo. Jamás se le conoció consuelo desde aquel trance cruel; y después de haber probado en vano si el Gobernador reconocia los derechos del jóven Almagro, vino á España á hacerlos valer ante el Rey, dejando sembrada en el camino la odiosidad debida á las iniquidades de hombres tan injustos y crueles. Llegado Hernando á la corte, se hicieron los dos la guerra al principio con demandas, con recusaciones, con cavilaciones de foro. Aveníase esto mal con la impaciente vehemencia de Alvarado, y no queriendo aventurar la venganza de su muerto amigo á medios tan inciertos y prolijos, apeló á las armas de caballero. Envió pues á Hernando Pizarro un cartel de desafio en que le provocó á salir al campo, obligándose á probarle allí con su espada que en su proceder con el adelantado Almagro habia sido hombre ingrato y cruel, mal servidor del Rey y fementido caballero. No se sabe lo que contestó Hernando; pero el bizarro Alvarado falleció de una enfermedad aguda de allí á cinco dias; y muerte tan oportuna, atendíendose al carácter perverso que se conocia en su adversario, no se ereyó exenta de malicia. Así acabó víctima de su amistad y de sus bellos sentimientos (1540) este hombre amable y leal, tan tierno y consecuente en sus cariños, tan franco y noble en sus odios, y cuyo carácter, en medio de las atrocidades y alevosias que al rededor de él se cometen, sirve como de consuelo al ánimo afligido con ellas, y vuelve por el honor de la especie humana envilecida.

Su fiero y arrogante rival no disfrutó mucho tiempo la seguridad y sosiego que le proporcionaba esta muerte. Los jueces del proceso acordaron muy pronto que se le prendiese, y fué puesto en el alcázar de Madrid. Después, al trasladarse la corte á Valladolid, fué llevado al castillo de la Nota de Medina, donde hasta el año de 560 <sup>1</sup>, permaneció sepultado y olvidado de los

1. Así viene á deducirse de la informacion hecha hácia los años de 1625 por un nieto suyo, para la vindicacion del título de marqués, que se halla entre los documentos reunidos por Muñoz. Garcilaso dice que su libertad no fué hasta el año de 62.

hombres el que tanto ruido habia hecho en ambos mundos por sus riquezas y por sus pasiones.

Mas la víctima principal debida á los manes de Almagro y de Atahualpa estaba por sacrificar todavía, y la confianza imprudente de Pizarro, nacida de su soberbia y de su orgullo, le iban ya arrastrando por momentos al cuchillo de la venganza. Después de la muerte de su competidor todo reía al parecer á la ambicion que le dominaba, y en las novecientas leguas que hay desde los Charcas hasta Popayan no habia otra voluntad que la suya. La corte le trataba siempre con la mayor deferencia, y le habia hecho marqués de los Charcas, dándole tambien facultad de agregar diez y seis mil vasallos á su mayorazgo. Sus hermanos, uno en España le defendia de los tiros del odio y de la malevolencia; otro, enviado por él al Quito de gobernador, le aseguraba por aquella parte, y aun se preparaba á extender su dominacion y su nombre por las tierras ricas, segun la opinion de entonces, de los Quixos y de la Canela. Él, roto y cansado por la edad, se entregaba á su gusto favorito de fundar y de poblar, y á estos últimos cuidados de su vida se deben las fundaciones de la Plata, de Arequipa, de Pasto y de Leon de Guanuco. La guerra del inca Mango, si bien daba algun disgusto por no estar ya terminada y pacificado el país, no causaba tampoco cuidado, por las pocas fuerzas de aquel príncipe y los escarmientos que habia recibido en sus diferentes encuentros anteriores con los castellanos. En fin, aun cuando ya se tenia noticia de que venia al Perú un ministro del Rey á tomar informaciones sobre los acontecimientos pasados, sus amigos le escribian que en los despachos que aquel comisionado llevaba se guardaba la mayor consideracion con su persona; y que así no tuviese pena ninguna por ello, pues iba mas para favorecerle que para darle pesadumbre.

Estas noticias, propaladas por él ó por sus parciales con mas vanidad que prudencia, fueron tal vez lo que precipitó su desgracia, porque con ellas se acabaron de enconar los ánimos ya irritados de los soldados y capitanes de Chile. Da lástima y enojo ver la miseria y abandono en que desde la muerte de su jefe se hallaban constituidos. Andaban los soldados, hambrientos y desnudos, vagando por los pueblos de los indios y solicitando de ellos su sustento. Muchos de los capitanes habian



bajado á Lima atraídos de su amor al jóven Almagro, y cifrando en él sus esperanzas y su remedio. Pero este mancebo, privado de su herencia, echado de la casa del Marqués, arrojado de otras por adulacion al poder dominante, acogido en fin por dos amigos viejos de su padre, que se aventuraron á todo por acudirle, aun cuando por las liberalidades ajenas pudiese subsistir con alguna decencia, no tenia medios para pagar á aquellos caballeros la buena voluntad que le tenian y aliviar sus necesidades. Estas eran tales que no se pueden bastantemente encarecer: sin casa, sin hogar, manteniéndose de la caridad ajena, y no teniendo entre doce, y eran los mas principales, sino una capa de que alternativamente se servian. Tal era el estado en que se hallaban aquellos fieros conquistadores, dueños un tiempo de los tesoros del Cuzco, y que en la opulencia que entonces los hinchaba tenian á menos las ricas tierras de los Charcas y de Chile. La amarga comparacion que hacian con las riquezas y delicias en que nadaban otros, que en valor y en servicios les eran tan inferiores, irritaba mas y mas el sentimiento de sus males, y los ponía á punto de no poderlos sufrir. Solo el furor de las pasiones y la ceguedad de la arrogancia pueden explicar esta falta de cordura y de cautela en hombre tan sagaz como el Marqués. Cuando en las discordias civiles cae un partido, su jefe es muerto y faltan las cabezas, es interés del vencedor que los ánimos se calmen, las pasiones se olviden, y se quite toda ocasion á desabrimientos y quejas parciales. La persecucion prolongada después de la victoria no hace mas que prolongar las pasiones y eternizar el espíritu de partido. Hubiera enviado á España á don Diego y separado aquella gente descontenta, dándoles comisiones en que entretenerse y sustentarse, como le aconsejaba su hermano, y él acabara sus dias en paz y en todo el lustre de la gloria y poderío á que le subió la fortuna. No lo hizo así, y se perdió, y perdió aquel desgraciado país, que siguió ardiendo en guerras civiles por espacio de trece años, y solo por culpa suya.

Alguna vez sin embargo trató de enmendar este mal y acudia á los trabajos que aquella gente padecia. Con este fin proyectó la poblacion de Leon de Guanuco, y dió el cargo de hacer el establecimiento á Gomez de Alvarado, pensando en dar allí repartimientos á los de Almagro; pero los celos de los vecinos

de Lima frustraron casi del todo aquel buen pensamiento. En otra ocasion envió á decir á Juan de Saavedra, á Cristobal de Sotelo y á Francisco de Chaves, que les queria dar indios de repartimiento para que se sustentasen; pero ellos, rabiosos con la necesidad que habian padecido, querian antes perecer que recibir nada de su mano. Sonábase ya la llegada de Vaca de Castro, el ministro que el Rey enviaba, á quien pensaban ir dos de ellos á recibir en San Miguel de Piura y presentarse á él vestidos de luto, pidiéndole justicia de las crueldades usadas por los Pizarros contra ellos y contra su antiguo capitán. Á esta comision enviaron después un buen caballero de entre ellos, llamado don Alonso de Montemayor, y parecia que con tales disposiciones todo debia permanecer tranquilo hasta la llegada de Vaca de Castro. Pero la animosidad imprudente de unos y otros no se podia refrenar; y si no con amagos y amenazas descubiertas, se hacian la guerra á lo menos con insultos y escarnios mal disimulados. Un dia amanecieron en la picota tres sogas tendidas con direccion la una á casa del Marqués, y las otras dos á las de su secretario Picado y su acalde mayor el doctor Velázquez. Atribuyóse esta insolencia á los de Chile. El Marqués, incitado por sus amigos á que buscarse y castigase á sus autores, respondia que harta mala ventura tenian aquellos cuitados viéndose pobres, vencidos y corridos. Pero el secretario Antonio Picado no tuvo tanto sufrimiento. Viósele de allí á pocos dias pasar á caballo por la calle donde vivia don Diego de Almagro, vestido de una ropa francesa bordada, y sembradas en ella muchas higas de plata; paseóla gallardeándose y dando arremetidas al caballo: cosas todas de mofa y menosprecio, y mucho mas enojosas de parte de un hombre que era en su concepto el que mas fomentaba la pasion del Gobernador contra ellos. Por esta demostracion y otras tales vinieron á sospechar que, después de los trabajos y miseria que habian padecido, se trataba de matarlos ó desterrarlos. Y como hácia este mismo tiempo se empezó á propagar por Lima la inclinacion que el juez comisionado traía á las cosas del Marqués, y el contento verdadero ó aparente de Pizarro y los suyos lo acreditaba, ellos se contemplaron perdidos del todo si no miraban por sí, y apelaron á lo único que les quedaba, esto es, á su desesperacion y á su valor.



Empezaron á proveerse de armas cada cual segun podia, y á andar atropados : veíase á don Diego y á Juan de Rada, su principal maestro y consejero, salir siempre seguidos de hombres determinados y valientes. Juan de Rada era uno de los antiguos capitanes del Adelantado, natural de Navarra, y hombre que, así por las distinguidas calidades de valor y capacidad que ya se han dicho de él, como por la confianza que en él ponía el jóven Almagro, obtenía la primera autoridad entre aquellos hombres de hierro. Sabíase que había comprado una cota, y que la traía siempre consigo, y esto se notaba mas en él y daba mas que sospechar. Vino esto, como era natural, á noticia de los amigos del Marqués, y se lo avisaron, aconsejándole que se guardase y llevase siempre compañía consigo. Él se contentó por entónces con llamar á Juan de Rada, el cual, si bien se turbó algun tanto con aquel imprevisto llamamiento, se fué á presentar á él sin consentir que nadie le acompañase, aunque muchos se ofrecían á hacerlo. Llegó delante del Marqués, que á la sazón se hallaba en su huerta mirando unos naranjos; y luego que supo quién era, porque al principio por su cortedad de vista no pudo conocerle, « ¿qué es esto, Juan de Rada, le dijo, que me dicen que andais comprando armas para matarme? — Así es verdad, señor, contestó Rada, he comprado dos coracinas y una cota para defenderme. — ¿Pues qué causa os mueve ahora á proveeros de armas mas que en otro tiempo? — Porque nos dicen y es público que usía recoge lanzas para matarnos á todos. Acábenos ya usía, y haga de nosotros lo que fuere servido; porque habiendo comenzado por la cabeza, no sé yo por qué se tiene respeto á los piés. Tambien se dice que usía piensa matar al juez que viene enviado por el Rey; y si su ánimo es tal, y determina dar muerte á los de Chile, no lo haga con todos: destierre usía á don Diego en un navío, pues es inocente; que yo me iré con él adonde la ventura nos quisiere llevar. » Conmovido y enojado el Marqués de lo que oía, respondió con grande alteracion: « ¿Quién os ha hecho entender tan gran maldad y traicion como es esa? Nunca tal pensé yo, y mas deseo tengo que vos de que acabe de llegar ese juez; que ya estuviera aquí si se hubiera embarcado en el galeon que le envié. En cuanto á las armas, sabed que el otro dia salí á caza, y entre cuantos

íbamos no había quien llevase una lanza: mandé á mis criados que comprasen una, y ellos han comprado cuatro. Plegue á Dios, Juan de Rada, que venga el juez, y estas cosas hayan fin, y Dios ayude á la verdad. — Por Dios, señor, repuso Rada ya mas mitigado, que he invertido mas de quinientos pesos en comprar armas, y por esto traigo una cota, para defenderme del que quisiere matarme. — No plegue á Dios, Juan de Rada, que yo haga tal. » Íbase ya el capitán, cuando un loco que para su diversion tenia el Marqués, y estaba presente, le dijo: « ¿Por qué no le das de esas naranjas? » Eran entonces muy apreciadas por ser las primeras que se conocían. « Dices bien », respondió el Marqués, y cortando por su mano seis del árbol que tenia delante, se las dió, añadiendo al oído que le dijese si necesitaba de algo para franqueárselo. Besóle por ello las manos Juan de Rada, y se fué á encontrar con sus amigos, que viéndole salieron del cuidado en que su llamada los había puesto.

Esta escena, en que los dos al parecer se explicaban con ingenuidad, y que acabó de un modo tan pacífico y amistoso, no produjo otro efecto que prolongar la confianza del Gobernador, y animar á los conjurados á precipitar su designio. Temían ellos ser destruidos si el Marqués volvía á sus rencores ó á sus sospechas, mientras que él, juzgando que ellos no trataban mas que de defenderse, y no pensando por su parte hacerles mal ninguno, creía por esto solo tenerlos seguros. Llovian sobre él avisos de lo que los conjurados trataban, principalmente en los dos dias que precedieron á la catástrofe. Dos veces se lo advirtió un clérigo á quien uno de los de Chile se lo había descubierto: una de ellas cenando en casa de Francisco Martínez, su hermano; él respondió que aquello no tenia fundamento, y que le parecía dicho de indios ó deseo de ganar un caballo por el aviso; y se volvió á probar bocado. Aquella misma noche al acostarse, un paje le dijo que por toda la ciudad se sonaba que al siguiente le habían de matar los de Chile; y muy enojado, le envió en mal hora, diciéndole: « Esas cosas no son para tí, rapaz. » Á la mañana siguiente, último dia que había de vivir, le anunciaron lo mismo que le tenia dicho el paje, y se contentó con decir tibiamente á su alcalde mayor, el doctor Juan Velazquez, que prendiese á los principales de Chile.



Habíasele mandado otra vez y con igual tibieza, como si no se tratase de peligro suyo personal. El doctor, que ya le tenía dicho que mientras él regentase la vara que llevaba en la mano no tuviese temor ninguno, le volvió á dar la misma seguridad y le ofreció adquirir las noticias convenientes. Cosa por cierto bien digna de notarse, que ya que él tomaba este negocio con tanta indiferencia, ni su hermano Martínez de Alcántara ni su secretario Picado, á quienes tanto iba en ello, ni sus demás amigos, noticiosos como debían ya estar de estos rumores, no tratasen de reunirse, de acompañarle y de formar una guardia al rededor de su persona, que atajase los designios de aquellos hombres determinados. Mas la ciega confianza que él manifestaba se comunicaba á los otros, y prosiguió cerrando los oídos á todos los avisos de la prudencia, como si fuera mengua del valor ó desdoro de la grandeza suponer que alguno se les atreva. Así en tales casos los hombres valientes se pierden por el exceso de su arrogancia, á la manera que los pusilánimes suelen precipitar su ruina por el exceso de sus temores.

Entre tanto los conjurados, si bien ya resueltos á matarle, no estaban ciertos aun ni del modo ni del día. Hallábanse aquella mañana (domingo 26 de junio de 1544) los principales en casa de don Diego, y Juan de Rada todavía reposando, cuando un Pedro de San Millan entra y le dice : « ¿ Qué haceis? De aquí á dos horas nos van á hacer cuartos á todos : así lo acaba de decir el tesorero Riquelme. » Salta Juan de Rada al instante de su lecho y toma sus armas, los demás se arman tambien ; él los anima en pocas palabras, manifestándoles que la accion á que estaban resueltos, antes conveniente á su ambicion y á su venganza, es ya absolutamente precisa para su salvacion en el peligro en que se ven : todos le responden segun su deseo, y se precipitan desesperados á la calle. Ondeaba ya en el aire á una de las ventanas de la casa el paño blanco, á cuya señal debían de armarse y venir á acudirles los cómplices que estaban lejos. Entraron en la plaza, y uno de ellos, Gomez Perez, por no mojarse los piés en un charco de agua que acaso allí habia derramado de una acequia, hizo un pequeño rodeo. Repara en ello Juan de Rada, y entrando por el agua, se va á él mal enojado, y le dice : « ¿ Con que vamos á mancharnos en sangre humana, y rehu-

sais mojaros los piés con agua? Vos no sois para el caso ; ea, volveos ; » y sin consentirle pasar adelante, le hizo al punto retirar, y Gomez no asistió al hecho <sup>1</sup>. Este hecho sin duda era atroz y criminal, pero no alevoso ni vil. Á la mitad del día, y gritando furiosos : « ¡ Viva el Rey ! ¡ Mueran los tiranos ! » atraviesan la plaza y se abalanzan á las casas de su enemigo como quien á banderas desplegadas y al eco de la guerra y de los atambores asalta una plaza fuerte. Nadie les salió al encuentro en el camino, y sea indiferencia, sea odio á la dominacion presente, de cuantos á aquella hora estaban en la plaza, y quizá pasaban de mil, ninguno se opuso á su intento, y los veían y dejaban ir, diciéndose friamente unos á otros : « Estos van á matar á Picado ó al Marqués. »

Estaban con él á la sazón un crecido número de sus amigos y dependientes, haciéndole la corte. Uno de los pajes, que estaba en la plaza, viendo á los conjurados en ella y conociendo á Juan de Rada, corrió al momento y se entró por la casa del Marqués, gritando : « Al arma, al arma ; que los de Chile vienen á matar al Marqués mi señor. » Con estas voces se levantaron todos alterados, y bajaron hasta el primer descanso de la escalera á ver lo que seria, cuando ya estaban por el segundo patio los conjurados repitiendo sus temerosos clamores. El Marqués, intrépido y resuelto, se entró á su recámara para armarse, y desnudándose la ropa talar de grana que tenia vestida, se puso una coracina y tomó un arma enastada. Asistian á su lado su hermano Francisco Martínez de Alcántara, un caballero llamado don Gomez de Luna y dos pajes. Los otros circunstantes, cuál por un lado, cuál por otro, habian desaparecido, quedando en la sala solo el capitán Francisco de Chaves con dos criados suyos. La puerta de la sala estaba cerrada, y si así permaneciera, como lo habia mandado el Marqués, el hecho hubiera sido mas difícil. Subian ya por la escalera los matadores, guiándolos Juan de Rada, que exaltado hasta el entusiasmo por verse en aquel día y en aquel paso tan deseado de su amistad y de su rencor, repetía el nombre del muerto Almagro en ecos de feroz alegría. Empezaron á com-

1. Este incidente, que pinta tan al vivo la penetracion y denuedo de Juan de Rada, se halla en Montesinos, año de 1544.



batir la puerta, que Chaves por aturdimiento ó por miedo mandó abrir : entonces ellos entraron por la sala, buscando con los ojos á la víctima. Chaves les decia : « ¿Qué es esto, señores? No se entienda conmigo el enojo del Marqués; yo fui siempre amigo; mirad que os perdeis. » Una estocada mortal puso término á sus voces, y sus dos criados perecieron con él allí. Pasan adelante y llegan á las puertas de la cámara del Marqués, ya preparado á defenderla con los pocos que le quedaban. Lucha por cierto bien desigual : de una parte un viejo de mas de sesenta años<sup>1</sup>, dos hombres y dos muchachos; y de la otra diez y nueve soldados robustos y valientes, á quienes la misma atrocidad y desesperacion aumentaba la fuerza y la osadía. Peleó sin embargo con ellos el Marqués, y les resistió la entrada con una destreza y un esfuerzo digno de sus mejores tiempos y de sus antiguas proezas. « ¿Qué desvergüenza es esta? ¿Por qué me quereis matar? Á ellos, que traidores son. » Así clamaba él mientras que ellos gritaban : « Ea, muera; que se nos pasa el tiempo; » y diciéndose injurias y dándose cuchilladas continuaban la mortal refriega, sin conocerse ventaja de una parte ni de otra, en tal manera que los conjurados pedian á toda prisa armas enastadas para mejorarse. Al fin, Juan de Rada, dando un empellon á su compañero Narvaez, que estaba delantero, le echó encima de Pizarro para que él y los suyos, embarazados en herirle, no estorbasen tanto la entrada á los demás. Así pudieron ganar la puerta, y ya entonces la suerte del combate no podia permanecer incierta mucho tiempo. Cayó muerto Martinez de Alcántara, muertos fueron tambien los dos pajes, y derribado en tierra gravemente herido don Gomez. El Marqués, aunque solo y teniendo que hacer rostro á todas partes, pudo defenderse algunos momentos mas; pero desangrado, fatigado y sin aliento, apenas podia ya revolver la espada, y una grande herida que recibió en la garganta le hizo en fin venir al suelo. Respiraba aun y pedia confesion, cuando uno de ellos, que á la sazón tenia una alcarraza de agua en las manos, le dió con ella fuertemente en la cabeza, y á la violencia de aquel golpe

1. Los historiadores no están acordes en la edad que entonces tenia : Herrera le da sesenta y tres años, otros sesenta y cinco.

inhonesto acabó de rendir el alma el conquistador del Perú.

No contentos con verle muerto de este modo deplorable, algunos de los conjurados empezaban ya á tratar de arastrarle á la plaza y hacerle allí pasar por la afrenta del patíbulo. Los ruegos del Obispo le salvaron de este último ultraje; y el cadáver, envuelto en un paño blanco, fué llevado á toda prisa y como á escondidas por sus criados á la iglesia. Allí hicieron un hoyo de pronto, y sin pompa ni ceremonia alguna le enterraron, temiéndose á cada instante que le viniesen á cortar la cabeza para ponerla en el garfio de los malhechores. Saqueábanse entre tanto sus casas y su recámara, donde habia por valor de mas de cien mil pesos. Sus dos hijos, niños aun, fugitivos y descarriados mientras sucedia la catástrofe, fueron buscados y puestos en seguro por los mismos fieles criados que hicieron los últimos honores al cadáver del padre. Su muerte no fué sentida ni vengada tampoco al pronto, porque unos capitanes que al rumor y al alboroto se armaron y acudieron á socorrerle, ya cuando llegaron á la plaza supieron que era muerto, y se retiraron á sus casas. Todo pues quedó allanado; y sumergida Lima en silencio y en terror, Juan de Rada proclamó solemnemente por gobernador á su jóven alumno, que al instante pasó á ocupar el palacio del Marqués y á ejercer su autoridad desde allí.

Entonces el viejo Almagro, si pudiera levantar la cabeza y contemplar á su hijo sentado en aquella silla y debajo de aquel dosel, gozara en su melancólico sepulcro algunos momentos de satisfaccion y de alegría. Pero ¡cuán cortos fueran y cuán acerbos después á su corazon paternal! Veriale al frente de un partido furioso, sin talento para dirigir y sin fuerza para contener; divididos sus feroces capitanes, y matándose desastradamente unos á otros sin poderlo él estorbar; arrastrado por ellos á levantar el estandarte de la rebelion y á pelear contra las banderas de su rey; vencido y prisionero, pagar con su cabeza en un patíbulo la temeridad y yerros de su mal aconsejada juventud; y llevado por fin á la sepultura de su padre, con quien se mandó enterrar, pudieran ver los dos en sus comunes infortunios cuán peligroso poder es el que se adquiere con delitos.